



GRAN TEATRO DEL LICEO

BARCELONA

EMPRESA:

JOSE F. ARQUER

MARTES, 13 ENERO DE 1953

Los Maestros Cantores de Nuremberg (*Die Meistersinger von Nürnberg*)

Comedia lírica en tres actos y cuatro cuadros
Libreto y música de Ricardo Wágner

Esta ópera se estrenó en Munich el 21 de junio de 1868, y en el Liceo el 19 de enero de 1905; habiendo sido su 69 y última representación, antes de las de la presente temporada, la del 26 de enero de 1950.

REPARTO

<i>Hans Sachs, zapatero</i>	Lothar Weber
<i>Veit Pogner, orfebre</i>	Ludwig Hoffmann
<i>Kunz Vogelgesang, peletero</i> ...	Pedro Mercader
<i>Konrad Nachtigall, hojalatero.</i>	Ljubomir Pantscheff
<i>Sixtus Beckmesser, escribano</i> .	Heinrich Pflanzl
<i>Fritz Kothner, panadero</i>	Werner Faulhaber
<i>Balthasar Zorn, estañador</i> ...	Diego Monjo
<i>Ulrich Eisslinger, herbolario</i> ...	Esteban Recasens
<i>August Moser, sastre</i>	Marcial Dega
<i>Hermann Ortel, jabonero</i>	Antonio Cabanes
<i>Hans Schwartz, tejedor</i>	Jacinto Santamaría
<i>Hans Foltz, calderero</i>	Miguel Aguerri
<i>Walter von Stolzing, joven ca-</i> <i>ballero de Franconia</i>	Rudolf Lustig
<i>David, aprendiz de Sachs</i>	Erich Majkut
<i>Eva, hija de Pogner</i>	Esther Rethy
<i>Magdalena, nodriza de Eva</i> ...	Elsa Schürhoff
<i>Un Sereno</i>	Ljubomir Pantscheff

Burgueses y mujeres de todos los gremios, artesanos, oficiales, aprendices, muchachas, pueblo.

Coro general

Cuerpo de baile, con la colaboración de «Ballets de Barcelona»

Maestro Director:
WILHEIM LOIBNER

Regidor de escena:
ERNST-AUGUST SCHNEIDER

Maestro de coro:
JOSÉ ANGLADA

Coreógrafo y maestro de baile:
JUAN MAGRIÑA

Decorados de Mestres Cabanes

Muebles: Miró

ARGUMENTO

LUGAR DE LA ACCIÓN: NUREMBERG.

ÉPOCA DE LA MISMA: A MEDIADOS DEL SIGLO XVI.

ACTO PRIMERO

Durante el oficio vespertino, que se realiza en la vigilia de la fiesta de San Juan, en la iglesia de Santa Catalina de Nuremberg, Walter von Stolzing, un joven caballero de Franconia, contempla a Eva, la hermosa hija del orfebre Pogner. Ya durante el canto del coral ambos se hablan amorosamente con los ojos; y cuando, terminado el oficio divino, la gente sale de la iglesia, Walter, en su entusiasmo, dejando a un lado las buenas costumbres burguesas, entabla una animada conversación con Eva, que va acompañada por su nodriza Magdalena. Con una diplomacia esencialmente femenina, Eva logra alejar a ésta en dos ocasiones, y durante su ausencia, Walter pregunta sin rodeos a Eva si ya tiene prometido. De vuelta Magdalena, quiere, después de algunas palabras de saludo al caballero, regresar en seguida a casa con Eva, después de haberse enterado de la pregunta de Walter. Pero en este momento aparece David, el aprendiz de Sachs, que debe preparar, junto con otros muchachos, la nave de la iglesia para la reunión de los maestros señalada para aquella noche; y Magdalena, que siente por el muchacho, bastante más joven que ella, algo más que un sentimiento puramente maternal, ahora no demuestra su prisa anterior. Walter se entera por ella de que Eva está comprometida en cierta manera. Es que mañana ella debe conceder su mano a aquel que resulte premiado en el concurso de los maestros cantores. Eva asegura al caballero que lo elegirá a él o a ninguno, pero Magdalena ordena, algo temerosa, que se despidan. Y si el «señor caballero» tiene realmente la intención de «obtener captando» a Eva, que espere tranquilamente en la Iglesia, donde llegarán Pogner y los demás maestros, y David le instruirá de como debe proceder para salir triunfante del concurso, puesto que Walter está decidido a conquistar a Eva como cantor y poeta. Al despedirse le asegura su apasionado amor, y luego es instruido por David, muy detalladamente, sobre el «marcador», el crítico y juez de los maestros, sobre los versos, melodías y reglas del arte observados por los poetas y cantores, además sobre los títulos de las composiciones modelos y de las condiciones de la prueba para llegar a ser maestro cantor y miembro del gremio.

Entretanto, varios otros aprendices lo han revuelto todo y David, del que los demás se burlan por su asiduidad, debe trabajar de lleno para restablecer el orden y arreglar los muebles y asientos para la reunión, preparar tiza y pizarra para el «marcador», a fin de que éste pueda apuntar bien las faltas de los cantores, que se inscriben hoy para el certamen. Pero ni las descripciones maliciosas de David, ni las alusiones burlescas de los aprendices logran hacer desistir a Walter de su propósito de rogar a los maestros cantores que lo acepten en su gremio. Aquellos comienzan a entrar, ceremoniosa y pausadamente, en la iglesia. Los primeros en llegar son Pogner, el orfebre, padre de Eva, y Sixtus Beckmesser, el colérico escribano de la ciudad, que espera salir vencedor mañana en el concurso y obtener la mano de Eva. Inútilmente trata de conseguir que Pogner quite a su hija el derecho de veto. Entonces Stolzing se acerca a Pogner para pedir su inclusión en el gremio de los maestros cantores. El orfebre está sumamente encantado en el deseo de Walter, y lo presenta en seguida a varios maestros, sus amigos. Beckmesser se dá cuenta instintivamente de que Walter será su rival y dice con franqueza: «No me agrada». Pogner promete a Stolzing que lo propondrá a los maestros como concursante, y cuando la reunión se completa con la llegada del zapatero Hans Sachs, el orfebre anuncia, ceremoniosamente, su decisión de ofrecer como premio para el concurso de canto del día siguiente la mano de su hija única, Eva. Sin embargo, la hija tendrá el derecho de rehusar al vencedor, si no fuera de su agrado, pero el escogido por ella debe ser un cantor coronado por los mismos maestros cantores; en el caso de que la joven rechazara al candidato elegido por el gremio de los maestros cantores, no podrá jamás aspirar a otro marido. A pesar de la proposición de Hans Sachs, de dar voto al pueblo que asiste al concurso en campo abierto, se acepta la de Pogner, quien recomienda para el certamen de hoy al caballero Walter

von Stozng, que desea ser admitido a la cofradía. A pesar de la sorpresa general debida a que un hidalgo desee ser aceptado en el gremio burgués de los maestros cantores, y aunque Beckmesser objetiva que ya es demasiado tarde para una demanda tal, se le concede a Walter tomar parte en el concurso. Las preguntas que le formula el maestro panadero Kothner, sobre sus conocimientos artísticos, son contestadas por Walter en forma poética. Se considera alumno del antiguo trovador Walter von der Vogelweide, fallecido hace tiempo, pero de cuyos libros aprendió el arte de componer; y el canto se lo enseñaron los pájaros, y las aves canoras de los bosques y de las praderas. Los maestros no están muy encantados con esta información; sin embargo, luego de que Kothner hubo enterado al examinado sobre las reglas de la «tablatura», y del código artístico de los maestros cantores, le permiten que pruebe fortuna. El «marcador», Beckmesser, se traslada con algunas observaciones sarcásticas al recinto preparado por los aprendices, para anotar severamente todas las faltas que cometerá el caballero. Walter debe tomar asiento en la «silla del cantor»; y, cuando Beckmesser exclama su «¡comenzad!», el caballero improvisa una apasionada canción a la primavera y al amnr. Pero al cabo de pocos compases se oyen los trazos de la tiza del «marcador», en intervalos cada vez más cortos. Finalmente, Beckmesser se ve imposibilitado de seguir marcando con la velocidad necesaria, tantas son las faltas que tiene que registrar en el pizarrón y, al acabar la segunda estrofa, interrumpe a su rival. Sólo con pena, Hans Sachs, el poeta zapatero, el único que reconoce el talento artístico de Walter, y al que Beckmesser reprende severamente pidiéndole que se ocupe de entregarle a tiempo sus zapatos nuevos, en lugar de meterse en la jurisdicción del severo «marcador», logra que se deje terminar de cantar al candidato. Mas, el juicio ya ha sido fallado: «¡Mal cantado y lleno de faltas!»; y cuando Walter indignado por el trato que se le ha dado, la reunión termina, en medio de un tumulto general.

ACTO SEGUNDO

En la calle, entre la casa de Pogner y la Hans Sachs, cuando ya oscurece, Magdalena se entera por David de que el hidalgo ha fracasado en el concurso. En medio de su excitación, no le da a su preferido las golosinas de costumbre, sino que se aleja presurosa e iracunda, por lo que David recibe las pullas y burlas de los aprendices. Casi se origina una riña; pero cuando aparece Sachs, los muchachos se ahuyentan y David vuelve al taller. También Pogner regresa a casa, acompañado por Eva; ambos están distraídos, reflexionando sobre lo sucedido durante el certamen; pero Eva no se atreve a preguntar al padre, y de acuerdo con Magdalena preguntará más tarde a Sachs, quien se instaló con su trabajo delante de la puerta de su taller. Quiere terminar los zapatos encargados por Beckmesser, mas el suave aire primaveral la fragancia del sauco y el recuerdo que le dejara la canción de Walter, hacen que vacile en el trabajo y que deje vagar sus pensamientos. Eva llega ahora y trata, mediante numerosos halagos para el «joven viudo» Sachs, de obtener informaciones más exactas sobre lo acontecido durante la prueba. Pero, Sachs sabe percibir con maestría los verdaderos sentimientos que Eva siente para con el caballero, mediante observaciones sarcásticas que hace sobre su persona. Magdalena llama a Eva a la casa, y le dice que Beckmesser le quiere ofrecer durante la noche una serenata. Las dos convienen en que la nodriza aparecerá en lugar de Eva en la ventana, lo cual no desagradará a Magdalena, que quiere dar celos a David.

Entonces aparece Walter, quien ruega a Eva que huya con él, ya que no habrá manera de conquistarla mediante el canto. Pero el plan de huida fracasa por tres veces: una porque los enamorados deben esconderse ante la proximidad del sereno, luego porque Sachs que, oculto en su taller, vigilaba a la pareja, se asoma a la ventana dejando caer los rayos de luz de su taller sobre la calle, reteniendo de este modo a Eva y a Walter; y finalmente, porque Beckmesser se coloca delante de la ventana de Eva (en la que Magdalena, escucha su canción), y comienza preludiando en el laúd su serenata, que es interrumpida desagradablemente por el canto y el ruido de los martillazos del zapatero. Entre Beckmesser y Sachs, que quiere terminar al aire libre los zapatos encargados por el escribano, se suscitan discusiones agudas; finalmente, los dos llegan a ponerse de acuerdo: Beckmesser dará a conocer su canción, la que presentará también mañana en el Concurso; Sachs actuara como «marcador», indicando las

faltas no con tiza sobre el pizarrón, sino con el martillo sobre la suela de los zapatos. Walter y Eva que se han escondido tras el tilo, son testigos de cómo canta Beckmesser, cada vez en tono más alto y furioso, para sobrepasar a Sachs, que termina entre tanto sus zapatos con «signo de marcador». Ya los vecinos han sido despertados de su sueño; David ha visto a Magdalena en la ventana y se precipita sobre el supuesto rival con la guitarra; vecinos y aprendices llegan a la calle, se ocasiona un tumulto general en que todos se insultan y golpean, y en el desorden, Eva y Walter quieren huir por fin. Pero Sachs conduce al caballero a su casa, en tanto que Pogner se lleva a Eva; cuando suena el cuerno del sereno, todos se dispersan y huyendo. La calle está solitaria y tranquila, bañada por la claridad de la luna, y el sereno que llega cantando la hora, lo encuentra todo sumido en la profunda paz de la noche.

ACTO TERCERO

CUADRO 1.º—Sachs, que se halla sentado *en el interior de su taller*, estudiando un gran infolio antiguo, se encuentra especialmente jovial. Hasta perdona a su aprendiz, que le recita un cántico a San Juan, el haber sido el causante de la pelea nocturna. Meditando sobre la loca ilusión y filosofando sobre la naturaleza humana, el poeta se queda solo. Cuando se presenta Walter que permaneció durante la noche en la casa del zapatero, Sachs aconseja al hidalgo olvidar su mala suerte del día anterior. Le sugiere la idea de transformar un sueño que tuvo durante la noche en una canción, con la que le incita a probar otra vez fortuna en el concurso de hoy. Sachs anota lo que dicta Walter, y al mismo tiempo instruye al caballero poeta en las formas y reglas de los maestros cantores. Cuando ambos, después de haber escrito el poema, se van para cambiar sus ropas para la fiesta, aparece el maltratado Beckmesser que se halla perseguido por multitud de alucinaciones malignas, encontrando finalmente la canción de Walter anota por Sachs en la mesa del taller. Naturalmente, la toma por una canción para el concurso del mismo zapatero, al que hace ahora severos reproches como supuesto rival. Pero se tranquiliza cuando Sachs le deja la poesía para su propio uso, prometiéndose ceremoniosamente no jactarse nunca como autor de la misma. Beckmesser se aleja con júbilo, y poco después entra Eva vestida de gala, pretextando que le aprieta el nuevo zapato, pero en realidad para poder encontrarse con Walter, quien al verla, improvisa la última estrofa de su «canción maestra». Eva agradece, enternecida, a Sachs la ayuda desinteresada. Este llama a David y a Magdalena, nombra el aprendiz oficial para que pueda ser testigo del «bautismo» de la nueva canción compuesta y cantada por Walter von Stolzing. Llenos de satisfacción y optimismo, los cinco se dirigen hacia la fiesta de San Juan.

CUADRO 2.º—*En una pradera abierta próxima a la ciudad, a orillas del río Pegnitz*, reina un pintoresco movimiento popular; desfilan los gremios, y los aprendices bailan alegremente. David no es de los menos entusiastas—a pesar del amor por Magdalena—, en los galanteos con las muchachas bonitas. Luego, cuando hacen su entrada solemne los maestros cantores, el pueblo aclama a Hans Sachs con júbilo, entonando su magnífico coral: «¡Alerta! Ya se acerca la Luz del Nuevo Día». Con muestras de agradecimiento, Sachs anuncia las condiciones del certamen, en el que Beckmesser se presenta en primer lugar. Intenta cantar la poesía «regalada» por Sachs, adaptando el poema a la melodía de su serenata nocturna. Pero no ha podido descifrar bien la escritura del zapatero y, en su turbación, canta cosas cada vez más absurdas. Finalmente explica al pueblo, que prorrumpe en una risa incontinente, que la canción es una obra de Hans Sachs. El zapatero llama al verdadero poeta, a Walter von Stolzing quien, bajo las aclamaciones del pueblo, resulta ganador del concurso con su «canción del premio». Es verdad que el hidalgo quiere rehusar el honor de ser socio del gremio de los maestros cantores, por el mal recuerdo dejado con su primera prueba; pero, cuando Sachs le explica la importancia de los maestros cantores y de su obra para todo el arte burgués y nacional, Walter obtiene de manos del zapatero la insignia del gremio, y la joven pareja, los maestros y el pueblo, se unen en una nueva muestra de admiración por Hans Sachs, el gran poeta y maestro cantor de Nuremberg.